

A la entrada, la transferencia, en el pasaje, el deseo del analista

Por Alma Pérez

Lacan va a ubicar al deseo del analista y la transferencia como funciones centrales, no solo en lo relativo a cada análisis en particular, sino también en lo que se refiere al movimiento psicoanalítico en general. Se anudan así episteme, clínica y política. En función de esta lógica preparé mi comentario, el cual se encuentra dividido en cuatro puntos.

I – El contexto

El Seminario 11 puede pensarse como un pasaje a partir del cual hay un antes y un después en la enseñanza de Lacan. Para comprender el alcance de este pasaje es necesario tener presente el contexto político del psicoanálisis en ese entonces. En esa época, más precisamente en agosto de 1963, la IPA decide no reconocer a Lacan como analista didacta, luego del lo cual, a su vez, él decide no dar lo que se conocería como su “seminario inexistente” sobre “Los nombres del padre”.

En su lugar, inicia el seminario 11 preguntándose ¿cuál es el deseo del analista? Su preocupación e interés comienza a centrarse en la formación de los analistas y no tanto en el psicoanálisis como terapéutica. Es así que a mediados de 1964 funda la Escuela Freudiana de París. Inicia entonces una apuesta que será redoblada tres años más tarde, con la “Proposición del 9 de octubre de 1967”, en la que propone implementar el dispositivo del pase, trazando así cierta lógica entre el comienzo y el final del análisis.

II – La transferencia

Desde el comienzo de sus investigaciones, Freud se preguntó por la causa de los síntomas. Una muestra de ello es el caso de la señora Cäcilie quien sufría, entre otras cosas, de violentas neuralgias que aparecían y desaparecían de forma repentina. Le aplicaron tratamientos de todo tipo (pincelación eléctrica, aguas alcalinas, purgantes, extracción de siete dientes), pero...el síntoma insistía. En ese marco, Freud se pregunta por la causa del síntoma y concluye que se trataba de los efectos de determinadas excitaciones psíquicas (1). Esto lo dice en 1895, cuando aún no tenía conceptualizada la pulsión, ni su primer modelo de aparato psíquico, pero hacia allí se encaminaba. En una carta a Fliess, Freud le dice que es con esta paciente con quien había podido verificar el mecanismo psíquico que proponía para los síntomas, esto fue gracias a la técnica de la asociación por falso enlace. Fueron estas las condiciones a partir de las cuales tropezó con la transferencia.

Dejar de lado la hipnosis lo llevó a inventar un nuevo modo de tratamiento y también a inventar el lugar del analista. Verificaba cada vez que, desde el comienzo del análisis hasta el final, la transferencia se volvía al mismo tiempo motor y obstáculo en el desarrollo de la cura.

En el Seminario 11, Lacan pone en cuestión el modo freudiano de concebir la transferencia como repetición en acto de antiguas mociones de amor y odio hacia la madre, el padre y sus sustitutos. Desde esa perspectiva se le otorgaba al analista la autoridad del Otro primordial. Lacan critica esa visión de la transferencia y muy especialmente el tratamiento que hicieron los postfreudianos de la contratransferencia.

En el seminario sobre *La transferencia* ya había dicho que “los teóricos legitiman el uso de la contratransferencia vinculándolo a momentos de incompreensión por parte del analista” (2). Esto es leído por Lacan como una detención en el registro imaginario de la acción analítica. Si el analista, se orienta por lo que comprende, pasaría a tener que responder a la demanda del paciente. Lo que llevaba a justificar la exigencia del análisis didáctico bajo premisas estandarizadas.

Lacan, por el contrario, propuso comenzar a pensar la transferencia en términos de “sujeto supuesto saber” (SsS), en donde el analizante se dirige al Otro de la demanda, deviene amante del saber supuesto y el inconsciente aparece como el saber que se produce en la experiencia de un análisis. Y el deseo del analista constituye el eje sobre el cual gira la experiencia, según veremos más adelante.

Lo que me interesa destacar sobre este punto, es que si bien el SsS abre la vía de un “tiempo epistémico”, vinculado al saber, para la entrada en análisis hace falta otra apuesta. Es necesario un valor agregado que abra a un tiempo libidinal, donde entren en juego los avatares del objeto *a*. En tanto objeto no representable, esta otra dimensión de la transferencia esta ligada al encuentro con lo imposible de decir, con lo pulsional. Punto de mayor complejidad para pensar las entradas, las salidas y los finales de análisis (complejidad de la que dan cuenta los testimonios de pase).

III – El deseo del analista

Por estructura, resulta más simple decir lo que el deseo del analista no es: no desear lo imposible, no garantizar el bien, estar advertido de que hay un agujero en el saber. Gustavo Stiglitz, en el último Congreso de la AMP, afirmó que para él no se trata de una vocación, sino de necesidad. Y agregó que este deseo, como invención, no es sin el goce de la pulsión. Para Silvia Salman se trata de no animar (entendiendo el ánimo como lo que nombra el goce imposible de negativizar, el resto que se trata de que no haga obstáculo al surgimiento del deseo del analista).

Tanto para el analista como para el analizante, lo central es mantenerse al nivel del deseo y no al nivel de lo imaginario (3). En este sentido, para el analista, si bien el análisis es una condición necesaria, no es una condición suficiente. El control también ocupa un lugar central, según lo afirma Lacan en el Acto de fundación (4). En el control, también se pone en juego la dimensión del deseo del analista y también opera el SsS (especialmente en lo que se refiere al acto del analista, lo que hace que insista la pregunta sobre cómo intervenir, qué decirle al paciente, cuándo cortar la sesión, etc.).

Entonces, cuando un analista recibe a un paciente, se pone en juego hasta donde llegó en su análisis, la necesidad de pasar por un control (en menor o mayor medida según la dificultad de escuchar lo singular de cada caso) y el saber, el cual siempre se encuentra agujereado.

Pero ni el control, ni el saber epistémico son garantías para el acto analítico. Cada analista tiene que arreglárselas para transmitirles a otros el deseo de embarcarse en la paradójica tarea de querer decir lo imposible para así llegar una y otra vez al encuentro con lo que “no se sabe”. Además, esto no es asunto fácil en una época en la que la tecnología y la industria de los fármacos están a pedir de boca para satisfacer al consumidor y garantizar que todo es posible. El discurso de la ciencia avanza con sus catálogos de trastornos para los cuales tienen soluciones masivas. ¿Y el síntoma?

Pues bien, llegados a este punto, quiero detenerme en la última frase del epígrafe: ¿por qué Lacan dice que el deseo del analista es una función esencial? ¿Qué es una función? Lacan ya había dicho que el N. del P. es una función, el objeto *a* cumple una función lógica dentro de los discursos, luego, en el Seminario RSI, habla de la función del síntoma $F(x)$. A esta altura el nombre del padre se vuelve un síntoma.

E. Laurent aborda esta cuestión y dice que “a diferencia de un concepto, una función no tiene esencia. No es más que la consecuencia o la realización de las condiciones que definen su campo de aplicación. De una función no conocemos más que sus realizaciones efectivas en su dominio de aplicación” (5).

Desde esta perspectiva, cada analista tendría que decir como se las arregla para llevar adelante esa función. No hay un modelo universal

La función solo es conocida por lo que ella realiza, por los diversos valores que toma esa *x* dentro de un determinado campo. El deseo del analista en tanto *x*, supone que cada analista invente cómo hacerlo funcionar a partir del uso del semblante.

Vuelvo desde aquí al título que elegí para este comentario, título que se presta a distintas lecturas. En el mismo hago una diferenciación en dos tiempos porque la entrada en análisis no supone necesariamente el surgimiento del deseo del analista. Entonces, en la puerta de entrada es necesario que opere la transferencia (epistémica y libidinal), esto pone al sujeto a trabajar para arreglárselas mejor con su locura, para buscar mejores arreglos con el goce. En este tiempo ya está en juego el deseo del analista. Pero sólo del lado del analista. Para el analizante, es necesario el pasaje por la experiencia del análisis, recorrido necesario para que sea posible el surgimiento del deseo del analista, en el corazón del cual se encuentra la condición de analizante.

IV – La locura de cada uno

La ética del psicoanálisis le hace lugar a la locura de cada uno, no sin cierto “bien decir”, parafraseando al Lacan de Televisión. Como analizante, se pasa por la experiencia de que no puede decirse todo, porque siempre hay un resto de goce. Insistir por esa vía deja al sujeto en el lugar de la impotencia.

Graciela Brodsky, por su parte, afirma que “la ética del psicoanálisis supone tomar partido dentro y fuera del consultorio. Tomar partido contra los ideales del amor humano, contra la identificación masificadora, contra la soledad posmoderna” (6).

El bien decir es resultado de no extraviarse en el semblante y creer que todo es idealmente simbolizable, orientarse por lo real. Siguiendo lo propuesto por Miller en *Leer un síntoma*, se trata de que el bien decir y el saber leer, que están del lado del analista, en el curso de la experiencia se transfieran al analizante, y en el mejor de los casos, pueda ocupar el lugar de analista para otros.

Notas

(1) Freud, S. (1895). *Estudios sobre la histeria*. Parte II Los historiales clínicos. Tomo II, P. 189. Ed. Amorrortu.

(2) Lacan, J. (1960-61). *El Seminario, libro 8, La transferencia*. Ed. Paidós. Bs. As. P. 228.

(3) Laurent, E. (2004). *Ciudades analíticas*. Ed. Tres haches. Bs. As.

(4) Lacan, J. (1971). Acto de fundación en *Otros Escritos*. P. 248. Ed. Paidós. Bs. As.

(5) Laurent, E. (2011) *Les mensonges du bonheur – Le réel du sinthome*.

(6) Brodsky, G. (2003). Acción lacaniana. *Revista Virtualia* N° 8